

«*Para la lectura de Freud*» *Prefacio a R. Georjin*¹

Jacques Lacan
(1977)

Para la lectura de Freud queda actualmente suspendida la cuestión de saber si el psicoanálisis es una ciencia – o, seamos modestos, puede hacer a la ciencia una contribución – o si su praxis no tiene ningún privilegio de rigor del cual vanagloriarse para aspirar a levantar la mala nota de empirismo que siempre desconsideró los datos resultantes de las psicoterapias. Para justificar también el muy pesado aparato que emplea, el resultado parece, a veces, y por su propia confesión, un rendimiento medible.

Desde este punto de vista, puede ciertamente considerarse increíble la inclinación de la balanza que conserva, si precisamente no estaba allí lo que sin duda refleja que debiese sopesar otra cosa. Todavía haría falta que sus practicantes mismos supieran de qué se trata. Al no ser así, no pueden evitar sufrir la suerte destinada a todo privilegio abusivo. Si la cuestión no fue ya zanjada, es porque efectivamente el campo que indican sus practicantes es aquel que verdaderamente compete a los efectos llamados psíquicos, que de ningún modo es aquel que está vinculado a la enseñanza académica y a un mundo de prejuicios. El término de psicología nos parece el más propicio para acumular allí todos estos espejismos. El psicoanálisis se resiste todavía a contener la promesa de ponerle fin.

Lo que preserva a la praxis psicoanalítica, lo que conlleva de natural para cambiar los fundamentos de lo que es puesto a título de universal, es el inconsciente. Este inconsciente del cual se habla sin hacer más que fiarse de una imagería tan antigua como ordinaria, pero que surgió gracias a Freud para designar algo que jamás se había dicho hasta él. Lo que conviene articular como siendo su estructura, es el lenguaje. Ese es el corazón de lo que enseño. Es allí también, bajo su forma más atemperada, que mantengo en voz baja dónde Freud muestra el tono de la razón, lo que encontré al comienzo de este retorno a Freud. Basta con abrir a Freud en cualquier página para captar el hecho de que no se trata sino del lenguaje en lo que nos descubre como el inconsciente. Hay que partir de allí para revisar todo lo que avanza en el progreso de una experiencia de la cual no puede dar cuenta (es una señal) sino en un discurso marcado por una verdadera estilística, es decir, todos los registros más o menos maltratados y rebajados en la cuenta que el psicoanálisis rinde a sí mismo de su práctica, su teoría de las resistencias o de la transferencia. Se engendran en eso consecuencias incalculables que van de la ética a la política, de la teoría de la ciencia a la lógica que la sostiene

¹ Traducción del texto publicado como “*Prefacio a Robert Georjin*”, Cítara libros, 1977, LACAN, 21 edición, París, Virilidad, coll. "Cittern-test", 1984, pp. 9-17

Si los psicoanalistas se muestran tan llenos de tropiezos entorno a esta problemática donde sin embargo las vías se trazan por sí mismas, parece ser porque tienen en su terreno mucho por hacer. Es destacable que sobre esto Freud haya dado pruebas de una falta de ingenuidad muy notable en un sabio. El inconsciente, de haber sido forzado por nosotros, anunció él, no va a tardar en cerrarse. Él quería decir con eso algo de todos modos preciso y que ha preocupado enseguida a los psicoanalistas. El inconsciente no se deja más hacer como en tiempos de Freud y está allí el gran giro, la revisión desgarradora a la cual, en los años treinta, debió obligarse su técnica. ¿Qué quiere decir eso? Sería un juego evocar aquí uno de esos retornos que conocemos en diferentes dominios, que se piensa en los antibióticos. Pero es evidente que habría que contentarse con esta clase de recurso sumario en un equilibrio inmanente que está en el principio de todo oscurantismo. Al pensar en eso, Freud no encontró manifiestamente pretexto alguno para volver a dormirse.

Recordemos que el estilo de las interpretaciones de Freud, en las curas que nos informa, deslumbra. Lo que ellas contienen permanece como material que, para el psicoanalista, de algún modo atestigua aquello con lo que tiene verdaderamente que vérselas, aquello que anima haberse hecho casi familiar está como perfundido en la conciencia común, pero también enmascara para él lo impensable a lo que apunta. Que haya una relación entre la nueva resistencia que encuentra y el hecho de que el paciente que tiene a su cargo venga a proponerle él mismo las claves que recorren ahora el dominio de lo público, no cabe duda. Que por consiguiente no intente más imitar a Freud, tiene razón [*raison*]. E incluso uva [*raisin*], uva que está demasiado verde², pero no razón [*raison*] suficiente para silbar entre sus dientes exasperados « psicoanálisis silvestre ». Porque poco se ajusta a la desigualdad de lo que hay que llamar la información, en sentido vulgar, entre aquellos a quienes va, en esta vía, a reobjetivar demasiado rápidamente, que deba obligarse a convertir uniformemente su posición hacia el análisis llamado de las resistencias.

Indico en mis *Escritos* lo que significa esta consideración y en los términos en los que ciertos psicoanalistas (que, por otra parte, lo hacen sabiendo lo que hacen) la proclaman como reintegración del psicoanálisis en las categorías de la psicología general. Pero, ante el viraje total de un campo de observación, la cuestión que se planteará por todas partes donde reine el método llamado experimental será ponerse a cubierto de lo que se llama error subjetivo. Es que esta expresión también tendría aquí todo un otro valor. Nadie ignora que hay que estar en regla con su propio inconsciente para poder no equivocarse al orientarlo operando en la trama de lo que el paciente proporciona en el artificio analítico. Es posible que el psicoanalista no esté tan lleno de tropiezos en el camino que tomó de concentrar sus luces sobre las resistencias, como por desconocer que no basta con cumplir con esa exigencia de un psicoanálisis didáctico, que la resistencia mayor se manifiesta tal vez en su negativa a impulsar el examen de la cuestión del inconsciente más allá de lo que se alumbra de la caverna para dejar apagarse allí una antorcha. No es para esto que aprenden geología.

² N. de la T.: Se refiere a la fábula “*Le renard et les raisins*” [el zorro y las uvas] de La Fontaine: «*Cierto zorro gascón, dicen otros que era normando, / En lo alto de una parra, vio, ya casi muerto de hambre, / Unas uvas bermejas, / Visiblemente maduras. / Con ganas el sinvergüenza se las hubiera comido / Pero como no podía alcanzarlas. / " Están demasiado verdes", dijo. "Son buenas para un esclavo." / ¿No fue esto mejor, acaso, que si se hubiese quejado?*»

Ahora bien, hay en Freud todo lo necesario para darse cuenta que de lo que habla realmente es de las paredes de la caverna, basta con no quedarse en el nivel descriptivo. Es tanto más fácil que aquí la estructura se integre de la misma descripción, incluso ya que para lo que ésta sirve es para efectos de estructura en tanto que esos efectos resultan del lenguaje. En resumen, para Freud, como para todos los que tuvieron en el pensamiento una función de fundadores, esa lectura por sí misma tiene valor de formación. La resistencia que ha hecho que los psicoanalistas hasta mí se negaran a entrever esta vía que, sin embargo, se adhiere de algún modo a la piel de su texto, está suficientemente indicada en la cólera que esta vía provoca desde que no se puede ignorar que algunos entraron allí. Del ostracismo que descansa sobre lo que sin duda requiere de un nuevo esfuerzo, pero un esfuerzo también renovado, ni la pereza ni la esclerosis mentales bastan para dar cuenta. El psicoanálisis en Francia prefirió fracturarse en varios trozos que aprovechar la oportunidad en una enseñanza que, en vista de ciertas exigencias de pulido filosófico que la instrucción clásica distribuye allí a los alumnos, ha permitido en este país al psicoanálisis sin duda respirar. Un rasgo detecta que se trata ahí de algo ligado al rechazo del inconsciente, es que la parentela didáctica, si puedo decirlo, el didáctico que formó al psicoanalista, queda ahí perceptible.

La grave degradación teórica que marca al conjunto del movimiento psicoanalítico, para que se lo sepa, la institución es muy útil, la institución psicoanalítica, se entiende. Se trata aquí de su función de expresión. Sin los medios de los cuales la institución dispone, no se podría saber hasta dónde va esto. Las cuentas rendidas a los congresos internacionales de psicoanálisis, lea esto, le ruego. Se dará cuenta leyendo lo que se comunicó allí sobre Freud, por ejemplo. Es lo que llamo el annafreudismo, o el freudismo para uso de Anna. Sabe usted lo que Annas, pequeñas historias de un nombre propio, agrupa. Para el profano, es lo que le aportará más de cerca el nivel donde es tomada también la práctica. Digamos que ella no manifiesta en la institución ningún signo de progreso que inquiete. Mis alumnos son muy gentiles, ríen allí para sus adentros. Pero se reconfortan de testimoniar del carácter muy abierto de la conversación que tuvieron, con tal o cual – conversación privada, naturalmente. Engendro espíritus benévolos.

Si no se tratara de la asociación internacional sino en el sentido en el que agrupase también a los gastroenterólogos o a los psicólogos, la cuestión incluso ni se plantearía. La cuestión de la institución se plantea en otra escala, que no es la de la feria, sino más bien la del árbol genealógico. Y allí, eso no se juega sobre la escena del mundo, sino en el seno de grupúsculos hechos de nudos donde se entrecruzan las ramas de este árbol. Se trata de la transmisión del psicoanálisis mismo, de un psicoanalista que lo es, psicoanalista, a otro, que lo deviene o se introduce para serlo. Estos grupos llamados todavía « sociedades », que abundan en el mundo, tiene el carácter común de pretender asegurar esta transmisión y de mostrar la carencia más patente que define este psicoanálisis llamado didáctico en cuanto a las revisiones que se esperan para el sujeto. Sabemos que Freud planteó este psicoanálisis como necesario, pero en cuanto a sus resultados, nos estancamos. Para el psicoanalista didáctico, en el sentido de autorizado a hacer didácticas, es inútil incluso esperar saber lo que lo califica.

Digo en voz alta estas cosas ahora que aporté allí soluciones con las que poner manos a la obra para que cambien. Es con respecto a esta miseria escondida que puse tanta obstinación en retrasar la publicación de mis trabajos, hasta que el agrupamiento fuera suficiente. Tal vez es demasiado pronto aún para presumir de lo que de mi enseñanza pasó al dominio común. Pero ¿y qué? Es a lo que no se hunde allí a lo que consagré toda mi paciencia. Debo hacer algunas veces

un gran esfuerzo. Un grupo experimentado – es la palabra – me asiste ahora. El precio que pagué por eso me es poco [*léger*], lo que no quiere decir que me lo haya tomado a la ligera [*legère*]. Simplemente pagué las notas más extravagantes por no dejarme distraer por las peripecias que se quería muy intencionalmente hacerme vivir – digamos del lado del annafreudismo. Esas peripecias se las dejé a quienes ellas distraen. Tomen esa palabra en su pleno sentido, en el que quiere decir que necesitaban distraerse con eso, distraerse de lo que fueron llamados a hacer por mí.

Quizás un día aporte sobre eso mi testimonio, no tanto para la Historia, de la que me fío por su pasado, sino para lo que la historieta [*historiole*], como dice Spinoza, tiene de instructiva sobre la trama donde pudo tejerse. Sobre la clase de agujeros a la que esta acción entre todas, que se llama el psicoanálisis, predestina a quienes la practican. Juego de la oca, si puedo decirlo, donde se apoya una suerte de explotación que toma habitualmente para todos los grupos una regla particular. Me doy cuenta, es curioso, al hablarles de eso, que comenzaría con una evocación de olor, por lo que escapa al análisis, lo ven, puesto que desde luego eso existe, las faldas del annafreudismo. A menos que escriba sobre el hombre que tenía una rata en lugar de su cabeza – ya que vi eso, y no solo yo, en Estocolmo.

Algo falta en la ciudad analítica. No reconstituyó el orden de virtudes que necesitaría el estatuto del sujeto que instala en su base. Freud quiso hacerlo sobre el modelo de la iglesia, pero el resultado es que cada uno es mantenido allí en el estado en que la escultura cristiana nos presenta la sinagoga, una venda sobre los ojos. Lo que, desde luego, es todavía una perspectiva eclesiástica. No podemos pretender rehacer la estructura sin quedar en aprietos por fundar allí un colectivo, ya que está ahí lo que la esconde al común de los mortales.

La estructura, sí, de la cual el psicoanálisis impone el reconocimiento, es el inconsciente. Parece estúpido recordarlo, pero lo es mucho menos cuando nos damos cuenta que nadie sabe lo que es. Eso no es para detenernos. No sabemos nada tampoco de lo que es la naturaleza, lo que no nos impide tener una física, y con un alcance sin precedentes, ya que se llama la ciencia. No obstante, una posibilidad que se nos ofrece en cuanto a lo que es el inconsciente, es que la ciencia de la que él depende es precisamente la lingüística, primer hecho de estructura. Digamos más bien que está estructurado puesto que está hecho como un lenguaje, que se despliega en los efectos del lenguaje. Es inútil preguntarle por qué, porque les respondería: es para hacerte hablar. Tal como ocurre que se usa con los niños, remando en su misma corriente, pero sin saber hasta dónde llega el alcance de lo que creemos no ser sino una buena vuelta con la que salir del atolladero. Ya que olvidamos que la palabra no es el lenguaje y que el lenguaje hace extrañamente hablar el ser que desde entonces se especifica en esa división. Evidentemente mi perra puede hablar e incluso haciéndolo se dirige a mí. Pero que le falte el lenguaje, eso cambia todo. Dicho de otra manera, el lenguaje no es reducible a la comunicación.

Podemos partir sin duda de lo que deba ser un sujeto para hacer uso del lenguaje. Pero hay que atravesar primero lo que complica la cosa, a saber, que el sujeto no puede, a pesar de Descartes, ser pensado sino como estructurado por el lenguaje. Descartes deduce precisamente que el sujeto es, solo por el hecho de que piensa, pero omite que pensar es una operación lógica de la cual no sucede en lo absoluto que se purifiquen los términos solo por haber evacuado toda idea de saber. Elide que lo que es como sujeto, es que piensa, abran las comillas « luego soy ». Pero sucede que eso piensa ahí donde es imposible que el sujeto articule ese « luego soy ».

Porque ahí está excluido estructuralmente que acceda a lo que desde Descartes se convirtió en su estatuto sobre la conciencia de sí. ¿Cuál es el estatuto del sujeto ahí donde eso piensa sin saber, no solo lo que eso piensa sino incluso que eso piensa? Entiendan sin poder saberlo nunca. Lo que eso sugiere para todo el mundo, es que ahí, esto es todavía más fuerte, es a condición de que algún otro pueda saber algo. Y, como sucede desde Freud, ya que es eso el inconsciente, todo el mundo está bien contento con eso. No hay sino una cosa que cojea, es que eso no puede decir de ningún modo « luego soy », es decir, nombrarse como siendo el que habla. Un enamorado de la vuelta de la filosofía – al menos se anuncia como tal – nos devuelve la intuición de ser, sin ahora encontrar nada mejor que atribuírselo a Bergson, que se habría solo equivocado de letrero, y no de puerta – así como él mismo, no obstante, lo había significado en otros tiempos. No nos creamos al final con la intuición del ser, nunca es su última torpeza. Establezcamos solamente aquí, en un tono que no es el nuestro, sino de quien evoca un Doctor Pantalón³ en el avatar que nos retiene, todo el cortejo de encrucijadas manifiestas que se desarrollan, con una coherencia, hay que decirlo, conservada.

Haremos el recuento para remitirnos a eso. Esta comedia para nosotros recubre simplemente la ausencia incluso en la lógica de una negación adecuada. Tomo las que serían adecuadas para ordenar un *vel*, elijo *vel* y no *aut* en latín, de un *vel* para plantear la estructura en estos términos: o yo no soy, o yo no pienso – de lo cual el cogito cartesiano daría la intersección. Pienso que los lógicos me comprenden y el equívoco de la palabra « ou » en francés⁴ es muy propicio para abrochar allí la estructura de esta indicación topológica: yo pienso *dónde*, *allí donde* no pueda decir que soy. *Dónde*, *allí donde*, me hace plantear en todo enunciado el sujeto de la enunciación como separado del ser por una barra. Más que nunca, evidentemente, resurge allí no la intuición sino la exigencia del ser. Y es eso de lo cual se contentan aquellos que no ven más allá de la punta de su nariz.

El inconsciente queda como el corazón del ser para unos, y otros creerán seguirme para hacer de él el otro de la realidad. El único modo de salir de eso es plantear que [el inconsciente] es lo real, lo que no quiere decir realidad alguna, lo real en tanto que imposible de decir, es decir, en tanto que lo real es lo imposible, sencillamente. Pero imposible que no se confunde incluso con lo que digo aquí. ¿Puede constituirse en el psicoanálisis la ciencia de lo imposible como tal? Es en esos términos que la cuestión debe ser planteada, ya que, desde su origen, Freud no definió de otro modo al psicoanálisis. Es también por lo cual, después de quince años para adaptar esta pregunta a una audiencia ciertamente ingrata pero por eso muy meritoria, logro articularla por la función del significante en el inconsciente. Lo que hago tiene por lo tanto la pretensión de oponer una barrera, no en el Pacífico, sino al guano que no puede evitar recubrir en un breve plazo, como se hizo siempre, la escritura fulgurante donde la verdad se origina en esa estructura de ficción. Digo que al ser sucede la letra, que nos explica mucho muchas cosas, pero que no durará mucho tiempo si no tenemos cuidado. Abrevio mucho con esas palabras, se ve.

³ N. de la T.: El Doctor y Pantalón son dos personajes típicos de la *commedia dell'arte* italiana. Pantalón representa a un burgués vienés, y el Doctor [probablemente a este se refiera Lacan aquí] es uno que se pretende sabio, pero que de tal no tiene más que el nombre y una apariencia fingida.

⁴ N. de la T.: Se refiere al equívoco entre *ou* [o, en español] y *où* [donde].

Mis últimas palabras me servirán de cortocircuito para centrar mi respuesta sobre la crítica literaria, ya que motiva que, como tal, esta crítica esté interesada en la promoción de la estructura del lenguaje, tal como se juega en estos tiempos en la ciencia. Pero no hay ninguna posibilidad de que saque partido de ella si no se mete en la escuela de esta lógica estirable que trato de fundar. Lógica tal que pueda recubrir este sujeto nuevo que se produce, no en tanto que sería desdoblado como tal – un sujeto doble no vale más que el sujeto que se cree uno que puede responder a todo, es igualmente tonto y engañoso – sino en tanto que sujeto dividido por su ser. La crítica, como así también la literatura, encontrará la ocasión de tropezar con eso en la estructura misma. Es porque el inconsciente necesita la primacía de una escritura que los críticos se deslizarán tratando la obra escrita como se trata al inconsciente. Es imposible que la obra escrita no ofrezca todo el tiempo lo que interpretar, en el sentido psicoanalítico. Pero prestarse a eso, por mínimo que se lo haga, es suponerla como acto de un falsificador, ya que, en tanto que está escrita, no imita el efecto del inconsciente. Lo plantea como equivalente, no menos real que él, al forjarlo en su curvatura. Y para la obra es también falsificador quien la fabrica, el acto mismo de comprenderla mientras se la hace, tal como Valéry la ha dirigido hacia nuevos cultivos durante el período entre las dos guerras mundiales. Tratar el síntoma como un palimpsesto, es en el psicoanálisis una condición de eficacia. Pero eso no dice que el significante que falta para dar el rasgo de verdad haya sido borrado, ya que hablamos cuando sabemos lo que dice Freud, que fue reprimido y que ese es el punto de llamada al flujo inagotable de significados que se precipita en el agujero que produce. Interpretar consiste, ciertamente, en cerrar ese agujero. Pero la interpretación no tiene que ser más verdadera que falsa. Tiene que ser precisa, lo que en última instancia va a poner fin a esta llamada al sentido, contra la apariencia de parecer estimular lo contrario.

Lo dije hace un rato, la obra literaria tiene éxito o fracasa, pero no está para imitar los efectos de la estructura. No hay allí una analogía. La curvatura en cuestión no es una metáfora de la estructura sino que la estructura es la metáfora de la realidad del inconsciente. Allí está lo real y es en ese sentido que la obra no imita nada. Es, en tanto ficción, estructura verídica. Que se lea lo que pongo en primer plano en mi volumen sobre *La carta robada* de Edgar Allan Poe. Aclaremos lo que articulo allí del efecto que una carta debe a su solo trayecto de hacer virar con su sombra la figura misma de sus poseedores. Eso sin que nadie, podemos decirlo, tenga idea de lo que envuelve de sentido, ya que a nadie le preocupa. Incluso la persona a la que fue robada no ha tenido tiempo de leerla, como se indica probable. ¿Qué añadiría al cuento imaginar su contenido?

Que se recuerde también el modo en el cual designé en mi análisis de la primera escena de *Atalía* lo que quedó adquirido en mi escuela bajo el término de punto de capitón. La línea de mi análisis no iba a buscar los recovecos del corazón de Abner, o de Joad, tampoco de Racine, sino a demostrar los efectos del discurso por donde un miembro de la resistencia, que conoce su política, consigue poner anzuelos a un colaborador en vistas a redimirse, hasta llegar a hacer caer en la trampa a su gran patrón, con exactamente el mismo efecto sobre el público que, sin duda, la pieza donde Sartre hacía salpicar hasta el retrato de Pétain de los insultos de sus propios milicianos, delante de un público que bendecía al susodicho, aún ante sí, por haberle ahorrado el espectáculo de estas cosas mientras que sucedían. Bien se trata allí de la tragedia moderna que juega con la misma purga del horror y de la piedad que la antigua, por supuesto, pero para disuadirlos de la víctima sobre el verdugo – lo que quiere decir, asegurar el sueño de los justos. Eso para decir que tanto Racine como Sartre son superados sin duda en su intención, pero de lo

que la supera, no tienen ellos que responder, sino solamente ese género que se llama el teatro, y es muy verídico en lo que demuestra al público, y muy crudo cómo se lo actúa.

Yo también, sin duda, soy sobrepasado por mi intención cuando escribo. Pero, si es legítimo interrogarme como analista, cuando se está en análisis conmigo, sobre mi esfuerzo de enseñanza con el cual todos se rompen el coco, no es por ninguna crítica, ningún modo en principio legítimo de mis enunciados ni de mi estilo, sino por situar si ellos están en el género en el que se incluyen. Tal vez al escucharme ganarían en eso cierto rigor – con mi consideración.

Jacques LACAN

Traducción: Lorena Buchner.